

las de goma y, por consiguiente, de no hacer ruido alguno que pudiera atraer la atención. Marchando así ganaron sin contratiempo la ciudad de las Barracas.

—Ya ves, Fridolin deslizó Baltasar—; todo el mundo está de excursión... es esto un verdadero desierto.

—Mejor. Así si hay gresca no tendremos espectadores.

Redoblaron sus precauciones, no avanzando sino después de haber examinado atentamente los rincones propicios a la emboscada; pero al divisar las Danaides, Baltasar flaqueó:

—Han entrado—dijo.

—¿Qué sabes tú?

—Hay huellas de pasos.

—¡Tonterías!—afirmó rotundamente Fridolin—. Abre la puerta.

—Sí... sí... Nos atrincheraremos dentro.

—Yo no conozco más trinchera que ésta—declaró el Hombre-Cañón golpeándose el pecho.

Se deshizo del abrigo color mostaza y se plantó en el umbral cara al enemigo. Sus bíceps se abombaban bajo la malla rosada.

—¿A qué hora viene tu poeta?

—A las cuatro.

—Faltan veinticinco minutos.

El profesor se inquietó.

—¿Pero tú vas a pegarle?

—Naturalmente que no. Se trata de los otros, de los doce malandrines que te espían.

Baltasar se tranquilizó. Decididamente, el Hombre-Cañón valía un regimiento. ¡Qué fuerza! ¡Qué serenidad!

Transcurrieron aún diez minutos. Ningún ruido. Ni la menor sombra de nadie.

—No faltaría más que nos dieran plantón—gruñó Fridolin—. Esas cosas no deben hacerse. Yo he venido para afizar.

—Ahí están—gimió Baltasar, sentándose.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

—A la izquierda, en la revuelta.

—Tienes razón. Se acercan, ¡pero eso no es lo tratado!

—¿El qué?

—¡No son más que dos!

—Sí, los dos M. T. P. Ya se acercan... ya se acercan... ¿Pido auxilio, verdad?

Fridolin volvió la cabeza un segundo y lo fulminó con la mirada.

—Ni un grito... Si no...

—¿Mi navaja entonces? ¿Saco la navaja?

—Sí, eso es; sácala y límpiate las uñas con la punta.

Los M. T. P. se aproximaban. Al mismo tiempo los biceps del Hombre-Cañón se movían bajo la malla rosa como un nido de serpientes.

El más enclenque de los dos bandidos (Baltasar reconoció al del albergue), un verdadero alfeñique, atravesó la verja llevando un cigarrillo entre los dedos y preguntó con insolencia:

—¿Tienes lumbre, camarada?

—Sí, hombre, sí—dijo Fridolín con jovialidad—. Anda, ven por ella, compañero.

El bandido subió los tres escalones. Fridolín abrió los brazos para estrecharle y aplastarle contra su pecho, pero recibió un puñetazo en el mentón, de arriba a abajo, que le hizo vacilar. No hubo lucha. Sin pronunciar una sola palabra, el Hombre Cañón cayó al suelo, como un buey que dobla las rodillas.

Dos siluetas saltaron sobre su cuerpo y dos revolvers, tras los cuales se convulsionaban dos rostros implacables, apuntaron a Baltasar.

—¡La carteral!—exigió el alfeñique—. Entrégala, y pronto. ¿Eh? ¿Cómo?... ¿Te niegas a hablar? ¡Como si Gourneuve no te hubiera indicado el escondite! Vamos, confiesa; has sido

tú quien la ha cogido del hueco del árbol... Habla; si no...

Una mano asió a Baltasar por la garganta con tal fuerza que le hubiera sido imposible responder; pronto la mano soltó su presa; el otro bandido que vigilaba en la ventana había silbado ligeramente.

—¿Qué pasa?—gruñó el hombrecillo.

—¡Que viene gente!

—¿Gente?

—¡Sí, el inglés y sus compañeros!

—¡Voto a tal, hay que huir! ¡Qué mala sombra!... A fi ¡ya te pescaremos, Baltasarito!

Huyó con su compañero. Baltasar, tambaleándose aún, quiso cerrar la puerta antes de la llegada de los nuevos agresores, pero un cuerpo se deslizó por el intersticio; era Calacita, que se lanzó sobre él.

—¿Está usted herido, señor Baltasar? ¿Le han hecho algún daño? ¡Ah, bien sabía yo que querían atacarle! Pronto, pronto, póngase a salvo!... ¡Aquí viene el inglés del sombrero de paja!

Trató de arrastrarle, pero demasiado tarde. El inglés se presentó acompañado de los tres individuos de los trajes a cuadros y gorras los cuales blandían porras rompecabezas.

En el mismo momento, el Hombre-Cañón,

repuesto de su desvanecimiento, se irguió con aspecto feroz y tan seguro de su fuerza como si condujese un regimiento de socorro. Quiso cuadrarse ante la puerta y prohibir el paso a los que llegaban, pero otro puñetazo en la barbilla le hizo *doblar* de nuevo. Calabacita, última resistencia, protegía a su amo con las manos extendidas y amenazando a los asaltantes.

—¡No le tocaréis! ¡Os prohibo avanzar!

El inglés le puso la mano en la boca y la tiró al suelo, mientras que los tres individuos se ocupaban de Baltasar; pero la muchacha, derribada y vencida, seguía gritando:

—¡Os prohibo que le hagáis daño!... ¡Os denunciaré!

—¡Ah, bribona, me ha mordido!—gritó el inglés, golpeándola con furiosa violencia mientras continuaba dando órdenes. Lieron a Baltasar en el guardapolvo color kaki, se lo llevaron y echaron brutalmente en el fondo de un cajón viejo que fué amarrado y arrastrado fuera de las Danaides. Desde lejos se oía la voz dolorosa de Calabacita, que gritaba:

—No tema nada, señor Baltasar... Yo le encontraré... Yo revolveré el mundo...

Baltasar sintió que le izaban sobre el techo

de un automóvil y que el inglés decía al chofer:

—Camino de Dieppe.

El vehículo saltaba por caminos desiguales cuyos baches hacían bambolearse al cajón en que iba Baltasar. El cautivo apenas podía respirar ni revolverse; tenía la cabeza debajo de uno de sus brazos. Por dos veces se desmayó; en el intervalo pensó en Calabacita; los gritos de la joven resonaban dentro de él y jamás había visto imagen tal de la desesperación.

Luchaba contra un tercer desvanecimiento, cuando sintió que el coche paraba en seco, y el ruido de otros clamores; también le pareció oír una detonación. ¿Qué sucedía? A su alrededor se entablaba una lucha; algunos hombres se llenaban de injurias. ¿Serían los bandidos que volvían por su presa o bien un contraataque por parte de una nueva banda de agresores? Tras un minuto de silencio sintió que descendían el cajón. Le extrajeron y ante sí no vió al inglés del sombrero de paja, sino al inspector que le llevó a la Prefectura de Policía y que le decía cortésmente:

—No tema nada; tome asiento en el auto, que yo le seguiré en el mío.

Se encontraban en pleno bosque. El inglés y

sus cómplices huían a través de la espesura. El inspector, que iba acompañado de los cuatro levantinos desarrapados que Baltasar vió en las Danaides algunos días antes, le hizo subir en el auto y emprendieron la marcha.

Durante dos noches y un día los autos marcharon sin incidente alguno. Los compañeros de Baltasar dormitaban sin proferir palabra; tal vez se hubiera podido evadir; pero no se le ocurrió.

Llegaron al puerto de Marsella. El inspector se despidió de Baltasar, que fué conducido, en unión de los cuatro levantinos, a bordo de un torpedero francés. Inmediatamente levaron anclas.

Con muy corteses maneras, un oficial de Marina llevó al cautivo a una habitación confortable y le preguntó si necesitaba algo.

—Algunas explicaciones—formuló Baltasar.

El oficial no parecía saber gran cosa.

—Todo lo que puedo decirle, caballero, es que tengo la misión de entregar a usted a los partidarios de Revad Pachá.

—¿Revad Pachá?

—Sí; usted no ignorará que el pequeño grupo de tribus que obedece a Revad Pachá está sostenido por Francia, mientras que Inglaterra protege, naturalmente, al otro grupo capi-

taneado por la Catarina, la antigua esposa y enemiga mortal de Revad Pachá. Ahora bien, Revad Pachá ha reclamado a usted.

—¿Y es por esto por lo que un agente inglés, después de querer seducirme con dinero, me ha raptado, y por lo que la policía francesa me ha recuperado?—dijo Baltasar.

—Justamente.

—¿Y qué me quiere ese Revad Pachá? ¿Para bien o para mal?

—Para bien, a juzgar por las instrucciones que he recibido. Lea usted. "El llamado *Mus-Ta-Pha* (es el verdadero nombre de usted, según parece) será tratado con la mayor deferencia..."

Baltasar dió un brinco: el nombre de *Mus-taphá* estaba escrito con las tres mayúsculas fatídicas M. T. P. ¡La obsesionante fórmula habría de perseguirle toda su vida!

Al día siguiente, por el ventanillo de su camarote, distinguió el cono del Vesubio. Se sentía muy tranquilo, muy dueño de sí, y se entregó a las juiciosas reflexiones que hubiera comunicado a Calabacita si hubiera estado cerca.

—No creas, Calabacita, que he cambiado la menor cosa en mis opiniones, La vida sigue pareciéndome sencilla y formada por peque-

ños hechos, a los cuales nuestra imaginación da una importancia que varía según nuestro equilibrio nervioso. No dejo de reconocer que estos hechos suelen ser bastante turbadores para un espíritu superficial. Tengo la impresión de que estoy viviendo la parodia de una novela de aventuras, que el novelista se complace en llevar a la exageración, aun esforzándose por permanecer dentro de la realidad. La realidad, Calabacita, soy yo; es mi doctrina, mi razón, es mi cuidado por dar a todo sus justas proporciones. Llegará un momento en que el novelista tendrá que descubrir su juego y ya verás, Calabacita, cómo todo esto no es más que un *bluff* y que todos estos acontecimientos no son más que insignificantes remolinos de una vida cotidiana, bien regida y lógicamente ordenada.

Al anochecer, el recuerdo de algunos cromos que había visto le permitió reconocer la costa de Sicilia y Calabria. Luego comenzaron la travesía del Adriático.

Al alba, el torpedero se detuvo. Baltasar y sus cuatro compañeros fueron instalados en una gasolinera, y treinta minutos después arribaban junto a una gran barca llena de hombres de rostro atezado, armados hasta los dientes y vestidos con plisados faldellines

que dejaban al descubierto sus piernas desnudas. El profesor estimó que debían ser griegos, epirotas o albaneses, emisarios sin duda del pachá que le reclamaba.

Le cogieron vivamente y le rodearon con grandes muestras de respeto. La barca tardó una hora en arribar a una costa abrupta donde, ante una cadena de montañas, se divisaban aldeas rodeadas de murallas almenadas y que parecían sostenerse en equilibrio sobre rocas que semejaban por su forma azúcar de pilón.

Trescientos o cuatrocientos rostros bronceados y otros tantos faldellines plisados bullían en la orilla de un pequeño puerto que parecía azulado sobre su fondo de granito.

Baltasar fué llevado en triunfo por aquellas gentes que despedían un olor intolerable. Escalaron los muros de una terraza bordeada de áloes y cactus, adornada de dalias rosa y donde se agitaban otros faldellines, pero de telas más ricas.

En el centro un hombre muy alto sacudía hacia el cielo sus brazos de espantajo. Era delgado, seco, y su rostro anguloso parecía teñido con nicotina.

Rugió unas órdenes con autoridad de jefe. Todos le obedecieron al instante.

A pesar de la furiosa resistencia que opuso, Baltasar tuvo que sufrir las pruebas solemnes. Le arrancaron el cuello de la camisa y metieron su dedo pulgar en un líquido negro y espeso, después de lo cual una formidable exclamación rodó por las rocas hasta el mar.

—¡Mustaphá! ¡Mustaphá!...

El jefe, que debía ser Revad Pachá, sacudió de nuevo sus brazos frenéticos, cada uno de los cuales sostenía un alfanje. Luego se precipitó sobre Baltasar, le rodeó el cuello con sus brazos, sin soltar los alfanjes, y profirió con una alegría delirante:

—¡Hijjo mio! ¡Hijjo mio!...

CAPITULO VII

Siempre queda sitio en un corazón amante.

LA primera sensación de Baltasar fué dolorosa, pues tuvo que sufrir el ataque de una barba mal afeitada, erizada de pelos raros y duros, como las púas de una chumbera. Pero la exaltación personal de aquel personaje le conmovió... ¡Cuánto ardor y qué apasionado arrebató vibraba en aquel padre desconocido!

Arrastró a "su hijjo" hasta un banco de piedra situado en un montículo, se encaramó a su lado y dió suelta a un torrente de elocuencia gutural que hacía temblar el corazón de Baltasar como el sonido de una trompeta. Sucesivamente, y en un idioma que parecía formado por golpes de címbalo y redobles de tambor, fué invocando al cielo, apostrofó al